

NEW LEFT REVIEW 87

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO - AGOSTO 2014

ENTREVISTA

VOLODYMYR ISHCENKO Las fracturas de Ucrania 7

ARTÍCULOS

WOLFGANG STREECK ¿Cómo terminará el capitalismo? 38
AMINATA TRAORÉ Y
BOUBACAR BORIS DIOP Imposturas africanas 69
SEAN STARRS La quimera de la convergencia 84
JOSÉ EMILIO BURUCÚA Y
NICOLÁS KWIATKOWSKI El doble ausente 101
SVEN LÜTTICKEN Sobre la Revolución Cultural 119

CRÍTICA

FRANCIS MULHERN Orwell *forever* 137
ROBIN BLACKBURN La cañonera del abolicionismo 149
BARRY SCHWABSKY Términos de disparidad 161

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el
Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador–IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

LAS FRACTURAS DE UCRAANIA

Desde el comienzo de las protestas del Maidán hace seis meses, Ucrania es el epicentro de una crisis que ha sacado a la luz y profundizado las líneas de fractura (geopolítica, histórica, lingüística, cultural) que atraviesan el país. Estas divisiones han crecido por el entrecruzamiento de las facciones políticas opuestas con las ambiciones estratégicas de Rusia y Occidente; la primera, pujando por mantener su control sobre el dominio exsoviético, mientras que el segundo, ampliando sin cesar su esfera de influencia. La caída de Yanukóvich, provocada por un movimiento de protesta prooccidental en febrero, produjo una oleada de oposición en el este del país que se desbordó hasta convertirse en una revuelta separatista tras la anexión de Crimea por Rusia en marzo. Actualmente, el ejército ucraniano lleva a cabo lo que denomina una «operación antiterrorista» contra una serie de milicias en Donetsk y Lugansk, compuestas de una mezcla de residentes locales y combatientes nacionalistas rusos. El espectro de un desmembramiento del país, considerado antes como una pesadilla lejana, ha dado paso a una partición de facto, al entrar Ucrania en lo que pueden ser las etapas embrionarias de una guerra civil. La combinación de las crecientes tensiones locales y las rivalidades de las grandes potencias plantea desafíos significativos para el análisis y el juicio políticos. En este artículo, el sociólogo residente en Kiev Volodymyr Ishchenko analiza el desarrollo de la crisis ucraniana y sus consecuencias hasta el momento, con el telón de fondo del orden político y económico que surgió tras 1991. Nacido en 1982 en una familia de la intelectualidad técnica soviética, Ishchenko alcanzó la mayoría de edad política con el cambio de siglo, en las acampadas y los mítines del movimiento Ucrania sin Kuchma de 2000, que fue uno de los precursores del Maidán de 2013. Formó parte del entorno marxista ucraniano mientras estudiaba en la Universidad Nacional de la Academia Kiev-Mohyla, en la que, a pesar de su orientación prooccidental, surgió una pequeña subcultura izquierdista en los últimos años de la década de 2000 en cuyo medio se publicó la revista Spilne (Comunes), de la que Ishchenko fue uno de los fundadores. En un panorama intelectual dominado por los temas nacionalistas, Spilne intentó reconducir el interés hacia los temas socioeconómicos desde un punto de vista explícitamente internacionalista y anticapitalista. Estos temas se han hecho todavía más marginales debido a la presión que la actual situación de emergencia del país ha ejercido sobre su cultura política, al disminuir la posibilidad de expresión del pensamiento crítico independiente. Mientras las bajas comienzan a acumularse en el este, el resultado final de la crisis de Ucrania sigue siendo alarmantemente imprevisible.



Entrevista

LAS FRACTURAS DE UCRANIA

Desde el colapso de la URSS, Ucrania ha destacado entre los Estados postsoviéticos por tener un panorama político mucho más abierto y disputado. ¿Por qué ha sido la excepción a la norma de su región?

NO PIENSO QUE Ucrania represente la democracia mejor que otros países: es más apropiado decir que es un régimen autoritario más competitivo. El sistema político que surgió en Ucrania fue desde un principio más pluralista que los de, digamos, Rusia, Kazajistán o Bielorrusia. Una de las principales razones fue la diversidad cultural del país. Existían diferencias regionales muy significativas entre el este y el oeste que se reflejaron en los resultados electorales desde la década de 1990 en adelante. Cualquier candidato que ganaba las elecciones presidenciales no era considerado legítimo por casi la mitad de la población, que inmediatamente expresaba su decidida oposición al vencedor. La fuerza de las identidades regionales también solía politizar las cuestiones socioeconómicas con gran rapidez. Por esta razón, entre otras, las reformas neoliberales no se llevaron a cabo tan rápidamente como, por ejemplo, en Rusia: las fuerzas políticas que las apoyaban no pudieron alcanzar el mismo impulso. También existe una notable diferencia en el sistema constitucional de Ucrania, que era mucho menos presidencialista que el de los otros Estados postsoviéticos. En Rusia, 1993 fue claramente un momento crucial, cuando Yeltsin impuso su voluntad al Parlamento por la fuerza, enviando el ejército a Moscú. En Ucrania no sucedió nada parecido. La Constitución de 1996, aprobada con Kuchma en el gobierno, concedió al presidente más poderes que al Parlamento, pero no hasta los extremos de Rusia: era una república

presidencial-parlamentaria, más que puramente presidencialista. Esto fue también un factor muy importante en la evolución del sistema político: en las elecciones presidenciales el ganador no se lo llevaba todo, por lo menos no en la medida en que de hecho ocurría en muchos de los antiguos países soviéticos.

¿Cómo describiría los primeros Gobiernos postsoviéticos de Ucrania?

Ninguno de ellos fue totalmente autoritario; desde luego no era un Estado dictatorial. En el último periodo de Kuchma, el presidente enviaba temas recomendados a los medios de comunicación para sus programas de noticias, pero no está claro hasta qué punto eran tenidos en cuenta; no había censura directa. El auténtico problema para la libertad de expresión ha sido que la mayoría de la televisión, la radio y la prensa escrita es de propiedad privada. En ese sentido ha funcionado más al estilo occidental, donde las empresas de comunicación difunden las ideas políticas de sus propietarios. Desde el punto de vista económico, se podría decir que Kuchma y, después, Yanukóvich jugaron el papel de una especie de Estado proteccionista para el capital ucraniano. Con el apoyo del Estado, personajes como Rinat Ajmétov, Ihor Kolomoiski y Viktor Pinchuk compraron antiguas industrias soviéticas a precio de saldo e hicieron inmensas fortunas, no tanto a base de invertir en ellas o mejorarlas, sino utilizándolas para ganar dinero rápidamente y sacar su capital a Chipre u otros paraísos fiscales en el extranjero. Durante muchos años, Kuchma y Yanukóvich fueron también capaces de hacer equilibrios sobre la cuestión de si integrarse en la esfera económica de Europa o en la de Rusia, sin acercarse ni al Oeste ni al Este. Esto protegió a los oligarcas ucranianos, evitando que fueran absorbidos por competidores rusos o europeos más poderosos. También merece la pena señalar que los oligarcas pudieron jugar un papel diferente en el sistema político del que jugaron sus colegas rusos: el Estado no pudo dominarlos y excluirlos de participar como hizo Putin.

¿Por qué la recesión económica de la década de 1990 fue mucho peor en Ucrania que en otros lugares?

Uno de los factores más importantes fue que Rusia tenía recursos naturales (petróleo y gas) que Ucrania no tenía; de ahí que consiguiera mantener el nivel de vida por lo menos un poco mejor. Ucrania tenía una sólida infraestructura en sectores de alta tecnología como el aeronáutico,

el cibernético y la industria espacial, que sufrieron mucho por el colapso de la URSS. Gran parte de las industrias de ingeniería y construcción de maquinaria también cayeron al perder sus conexiones con las antiguas repúblicas soviéticas y las que se salvaron no eran competitivas comparadas con la producción de Europa Occidental. La década de 1990 en Ucrania fue un periodo de grave declive industrial. Algunas personas, incluidas muchas de la izquierda, piensan que todavía es un país industrial desarrollado. No estoy de acuerdo en absoluto, porque aunque el sector metalúrgico, que representa una parte importante de sus exportaciones, implica algo de procesamiento (producir acero laminado a partir de mineral de hierro, por ejemplo), no conlleva un nivel alto de valor añadido. Aun así, el aumento de los precios de las materias primas en la década de 2000 produjo una especie de recuperación, concentrada principalmente en el este y en el sector metalúrgico, pero ese ligero crecimiento se distribuyó de manera muy poco uniforme, produciendo una desigualdad mayor.

¿Cómo calificaría los resultados de la Revolución Naranja de 2004?

Fue un cambio de elites más que una revolución: no creó el potencial para un cambio estructural e institucional radical. Una de las razones por las que se resolvió tan rápidamente (se acabó en tres semanas) fue que la elite llegó a un acuerdo. Kuchma aceptó rendirse y dejar de apoyar a Yanukóvich, a cambio de revisiones en la Constitución que disminuían el poder del presidente para que Yúshchenko no saliera ganando tanto. Se podría decir que después de 2004 el sistema pasó de ser presidencial-parlamentario a ser parlamentario-presidencial. El sistema electoral cambió también para otorgar más control a la dirección de los partidos. Antes de 2004, la mitad de la Rada salía elegida de las listas de los partidos; la otra mitad, de los distritos mayoritarios. Tras la Revolución Naranja, el sistema se basó exclusivamente en las listas de los partidos, sin ningún mecanismo de control popular sobre a quién se incluía en ellas. La dirección de los partidos tenía un poder tremendo: podía excluir a cualquier parlamentario disidente y sustituirlo automáticamente por otra persona de la lista del partido. Debido en parte a todo esto, Yúshchenko terminó siendo un presidente muy débil, con el contrapeso de un primer ministro con una base parlamentaria fuerte: Timoshenko y Yanukóvich ostentaron cada uno el puesto durante un periodo. Pero la debilidad de Yúshchenko se debió también en parte a sus propias decisiones: no hizo casi nada en el tema económico, y hacia

el final de su mandato se dedicó totalmente a los temas nacionalistas, centrándose en asuntos como hacer a Stepan Bandera héroe nacional y conmemorar el *Holodomor*, la gran hambruna de 1932-1933, como un genocidio étnico de la nación ucraniana a cargo de los comunistas. Al final, se había alejado completamente de su electorado y obtuvo solo el 5 por 100 en las elecciones presidenciales de 2010.

Incapaz de robar las elecciones de 2004, Yanukóvich ganó en 2010, derrotando a Timoshenko en la segunda vuelta. ¿Cómo resumiría su presidencia antes de las protestas de finales de 2013?

Una de las primeras cosas que hizo Yanukóvich fue aumentar de nuevo los poderes del presidente, al conseguir una sentencia del Tribunal Constitucional que anulaba las enmiendas de 2004 y volvía a la Constitución de 1996. Esto significaba también que la mitad de la Rada de nuevo saldría de la elección por el sistema mayoritario en los distritos electorales y la otra mitad, de las listas de los partidos. Además de intentar monopolizar el poder político, Yanukóvich intentó concentrar el poder financiero y económico en torno a su propio equipo, especialmente su familia, lo que tuvo como resultado una tremenda corrupción personalizada: visible en el lujo de su primera residencia en Mezhyhirya. En el campo económico, para cuando tomó posesión, Ucrania había sido ya golpeada duramente por la crisis global: hubo un derrumbamiento de los precios de los bienes producidos en Ucrania, especialmente del sector metalúrgico. La *grivna* se devaluó el 50 por 100 a finales de 2008, una serie de grandes empresas cerraron y el desempleo creció; la pequeña empresa también sufrió. En 2010, Yanukóvich comenzó a introducir medidas de austeridad, que por supuesto resultaron rápidamente impopulares. En algunos casos (por ejemplo, una subida de los impuestos de las pequeñas empresas) las reformas habían sido solicitadas de hecho por el FMI, pero como la mitad de la población ya no se fiaba de Yanukóvich por las razones mencionadas anteriormente, recibió todas las culpas. El problema subyacente era que los niveles sociales básicos, que permitían sobrevivir a la mayoría de la población, se estaban deteriorando, y Yanukóvich fue incapaz de encontrar la manera de mantenerlos.

El anuncio de Yanukóvich de 21 de noviembre de 2013 de que suspendería las negociaciones sobre el Acuerdo de Asociación con la UE fue el desencadenante inicial de las protestas que finalmente llevarían a su caída. Antes de analizar

el desenvolvimiento de la propia crisis, ¿podemos preguntarle cuál era su valoración del Acuerdo con la UE?

Yo diría que Yanukóvich, de hecho, tomó la decisión correcta al suspenderlo. Ahora el nuevo gobierno ha separado los componentes políticos de los económicos, pero no existían esos matices en 2013. No muchas de las industrias ucranianas se iban a beneficiar del libre comercio: significaría una competencia intensificada y la pérdida de muchos empleos. Las condiciones del crédito del FMI que el Gobierno estaba negociando en esos momentos también jugaban un papel importante: el FMI exigía la subida de los precios del gas de consumo, la congelación de los salarios y recortes presupuestarios significativos, todo lo cual implicaba un golpe para las clases pobres de Ucrania. No tanto para la clase media; en términos de nivel de consumo, solo llega al 10-15 por 100 de la población y está concentrada en las ciudades más grandes, trabajando para las industrias de nuestros oligarcas o en los despachos de las empresas occidentales. Asimismo, se debe recordar que Yanukóvich suspendió el Acuerdo sin rechazar para nada lazos más fuertes con la UE: la integración europea era una de sus propias estrategias, y lo que movilizó a la gente fue que dio un giro radical de 180 grados. Lo paradójico del asunto es que la gente que salió a las calles en noviembre protestaba para apoyar la política original del Gobierno.

¿Cuál era la división de opiniones sobre el Acuerdo entre el conjunto de la población?

De acuerdo con las encuestas de noviembre, Ucrania estaba bastante dividida sobre el tema: el 40 por 100 estaba a favor de la firma del Acuerdo de Asociación y otro 40 por 100 apoyaba un acuerdo con la Unión Aduanera Euroasiática liderada por Rusia. Algunas personas apoyaban ambos: no era cuestión de uno u otro. Otras personas estaban en contra de ambos acuerdos. Así que, cuando comenzaron las protestas, no fueron, desde luego, una revuelta popular de toda la nación.

La primera manifestación fue convocada supuestamente por el periodista afgano-ucraniano Mustafa Nayem en respuesta al giro de 180 grados de Yanukóvich y después el movimiento creció en los días siguientes. ¿Cómo describiría la fase inicial de las protestas del Maidán?

Al principio el movimiento se nutría mayoritariamente de personas de Kiev de clase media y estudiantes. Estaban motivados principalmente por una ideología europea: un «sueño europeo» que ofrecía la esperanza de algún tipo de gran avance hacia una sociedad mejor. El movimiento no estaba especialmente concienciado o meditado; pero, como pensamiento utópico, no necesitaba un fuerte contacto con la realidad para atraer a la gente. Había también un fuerte componente nacionalista en contra de Rusia. Desde el principio las protestas del Maidán planteaban la elección entre el Acuerdo de Asociación con la UE y la Unión Aduanera en términos muy drásticos, casi de elección entre dos civilizaciones: ¿Ucrania está con Europa o con Rusia, se va a alinear con Putin, Lukashenko y Nazarbáyev o no va a tener nada que ver con ellos?

Las primeras concentraciones no fueron en absoluto pequeñas: en Kiev el 24 de noviembre de 2013, un domingo, había aproximadamente entre 50.000 y 60.000 personas, una de las mayores concentraciones de los últimos años. Las protestas también brotaron en otras ciudades: Lviv, Odessa, Dnipropetrovsk, así como en el este y en el sur, aunque fueron mucho más pequeñas allí que en el oeste. En Kiev, durante los primeros días hubo de hecho dos acciones separadas, un «Maidán civil» y un «Maidán partidista», pero pronto se fundieron. Los partidos involucrados eran la oposición a Yanukóvich en el Parlamento: el Batkivshchyna (Patria) de Timoshenko; la Alianza Democrática Ucraniana para la Reforma (UDAR), que es el partido de Vitali Klitschko, y Svoboda, el partido de extrema derecha. Solo Svoboda puede considerarse una fuerza real de base con células locales fuertes. El partido de Timoshenko y la UDAR son más bien estructuras electorales, diseñadas para aupar a ciertas personas al poder. Más que alrededor de una ideología, giran en torno al líder y sus equipos. No sabría decir, por ejemplo, cuáles son las ideas políticas de Klitschko. La parte «civil» del Maidán era muy diferente de Occupy o los Indignados: estaba a favor del neoliberalismo y el nacionalismo.

¿Cuál fue su relación con esa etapa de las protestas del Maidán?

Al principio era muy escéptico, especialmente cuando era puramente «Euromaidán»: no podía ser tan poco crítico con la UE. Hubo gente de la izquierda ucraniana que se unió a las protestas con pancartas que decían que Europa también significa sindicatos fuertes, educación de calidad, acceso a la sanidad pública, igualdad. Como poco, tenía mis dudas sobre

ello: precisamente la UE ha estado destruyendo los Estados del bienestar establecidos en las décadas precedentes, y en cuanto a la igualdad, ¿qué hay de todos los migrantes que mueren al intentar entrar en la zona Schengen? Como muchos otros, también consideraba que una zona de libre comercio con la UE podía ser algo peligroso para Ucrania. Pero después, cuando, en la mañana del 30 de noviembre, se intentó reprimir severamente las protestas, el carácter de estas cambió: ahora era un movimiento contra la brutalidad de la policía y contra el gobierno; aunque nunca se distanció de la cuestión europea o del nacionalismo y de otros asuntos que crean división en la sociedad ucraniana y que más tarde resultaron desastrosos.

Esto marcó claramente el comienzo de una segunda fase en las protestas. ¿De dónde partió la orden de atacar la acampada del Maidán esa noche?

Todavía no se sabe realmente quién dio la orden. No estoy seguro de que fuera Yanukóvich: habría sido absolutamente irracional que lo hiciera cuando la protesta estaba ya apagándose; para cuando trataron de desalojar la acampada, quedaban unos 300 o 400 estudiantes y activistas de derecha pernoctando en la plaza de la Independencia. Por supuesto, Yanukóvich cometió muchos errores después, así que pudo haber sido simplemente uno más. Algunos han especulado con que Putin insistiera en que desalojara la acampada, pero tampoco parece muy racional. Lo que también resulta extraño es la forma en que el intento de desalojo de la protesta fue difundido por las principales cadenas ucranianas de televisión, propiedad de los oligarcas. Normalmente, su cobertura apoyaba al Gobierno y criticaba a la oposición, pero al día siguiente los reportajes difundidos por las principales cadenas fueron muy favorables a los manifestantes. En algunas teorías de la conspiración, el cambio fue obra de Serhiy Lyovochkin, jefe del gabinete presidencial. Se le considera relacionado con el oligarca de los sectores minero y químico Dmytro Firtash, una de las pocas personas de la burguesía nacional que podría de hecho estar interesada en la integración europea: la idea sería que Lyovochkin ordenó el ataque para precipitar los acontecimientos.

En cualquier caso, el ataque y la cobertura mediática del mismo jugaron un papel muy importante en la movilización de la gente. La protesta que tuvo lugar en Kiev el 1 de diciembre fue enorme. Por supuesto, la oposición exageró la cifra, afirmando que había hasta dos millones de personas: lo que es simplemente imposible, no hay suficiente

espacio. Algunas evaluaciones más o menos independientes calcularon un máximo de 200.000. Aun así, se podía comparar con el tamaño de los mítines durante la Revolución Naranja. El movimiento también se expandió geográficamente: hubo Maidán en casi todas las ciudades; aunque en el oeste de Ucrania no tenía mucho sentido manifestarse, allí las autoridades locales eran de la oposición, así que no había nadie contra quien protestar. Durante los primeros días de diciembre, la gente empezó a levantar barricadas en el centro de Kiev y los manifestantes entraron y ocuparon edificios oficiales. La extrema derecha estuvo bastante activa en esas ocupaciones: lideraron la toma del edificio del Gobierno local de la ciudad de Kiev en Khreshchatyk, la calle principal de la ciudad, y establecieron allí su cuartel general. Fueron también los extremistas de derecha los que atacaron la administración presidencial el 1 de diciembre; hubo enfrentamientos violentos con la policía antidisturbios durante varias horas, con el resultado de cientos de personas heridas. La oposición se distanció rápidamente del ataque, diciendo que había sido llevado a cabo por provocadores. Es posible que agentes del Gobierno empezaran la violencia, pero los vídeos de los acontecimientos mostraron que la masa de atacantes era gente del partido Sector de Derechas. Se habían organizado ya en unidades de autodefensa y se entrenaban abiertamente en las calles, así que se habían preparado para la violencia antes de que comenzara.

¿Los grupos de extrema derecha activos ahora en Ucrania (Svoboda, Sector de Derechas, Tridente) tenían algún tipo de existencia clandestina durante el gobierno soviético?

No, surgieron después de 1991. Había algunos grupos nacionalistas de la diáspora en Occidente que regresaron a la Ucrania independiente en 1991-1992, pero no tuvieron éxito. Svoboda se fundó en 1991 como el Partido Socialnacional de Ucrania (una referencia directa al nacionalsocialismo) y tomó prestadas muchas cosas del legado del nacionalismo ucraniano, pero al mismo tiempo intentó basarse en la experiencia de movimientos de extrema derecha europeos como el Frente Nacional. El Sector de Derechas es un fenómeno reciente, surgió como coalición paraguas de varios grupos de extrema derecha. Algunos de ellos son abiertamente neonazis, por ejemplo, Patriotas de Ucrania, que usa el símbolo *wolfsangel*, es declaradamente racista: estuvo involucrado en incendios provocados en hostales de migrantes. El Sector de Derechas incluye también a la Asamblea Socialnacional y a la Asamblea Nacional Ucraniana-Autodefensa Nacional Ucraniana

(ASU-ANU). El grupo principal en el Sector de Derechas, Tridente (*Tryzub* en ucraniano) no es neonazi, pero desde luego son nacionalistas radicales de extrema derecha. Sería demasiado suave llamarles conservadores nacionalistas, como hacen algunos analistas, entre otros Anton Shekhovtsov, que es bastante conocido en el campo del análisis en lengua inglesa de la extrema derecha ucraniana. El Sector de Derechas se ha registrado ahora como partido político.

¿Están conectados con la Iglesia?

No, yo no diría eso, aunque promueven valores cristianos: están en contra de los derechos de los grupos LGTB, dicen que la familia tradicional está en peligro y cosas así. La propia Iglesia ortodoxa está dividida en Ucrania: cuando el país se hizo independiente, hubo una división entre la Iglesia del Patriarcado de Kiev y la Iglesia del Patriarcado de Moscú. Que yo sepa, no hay diferencias doctrinales significativas entre ellas: es una cuestión política, una cuestión simbólica. Está también la Iglesia greco-católica uniata, mayoritariamente ubicada en la antigua parte polaca de Ucrania. Como fuerza social, las Iglesias son más poderosas en el oeste de Ucrania: zonas rurales con tradiciones patriarcales fuertes, donde el sentimiento nacionalista está más enraizado. Tanto la Iglesia del Patriarcado de Kiev como los greco-católicos se oponían a Yanukóvich, mientras que la Iglesia del Patriarcado de Moscú le apoyaba. Pero no diría que las Iglesias jugaran un papel político importante en el movimiento Maidán, aunque los sacerdotes estuvieran presentes a menudo en la propia plaza.

¿Cómo valoraría la contribución de la extrema derecha al Maidán en términos de presencia numérica e impacto ideológico?

Toda esta discusión resultó muy difícil para los seguidores liberales del Maidán: para conseguir el beneplácito occidental, las protestas tenían que venderse como pacíficas, democráticas, etcétera. Este era el mensaje de la carta de apoyo firmada por muchos intelectuales occidentales a principios de enero¹. Así que existía un interés real por rebajar el papel de la extrema derecha o, más bien, por rechazar por completo el reconocimiento de su presencia. Naturalmente, habría sido demencial proclamar

¹ «Support Ukrainians and they can help us build a fairer Europe», *The Guardian*, 3 de enero de 2014. Los firmantes incluían a Anne Applebaum, Ulrich Beck, Mark Leonard, Claus Offe, Saskia Sassen, Michael Walzer y Slavoj Žižek.

que varios cientos de miles de neonazis habían salido a la calle en Kiev. En realidad, solo una diminuta minoría de los manifestantes era de extrema derecha, pero en el campamento de la plaza de la Independencia no eran un grupo tan pequeño si se tiene en cuenta que solo unos pocos miles de personas se quedaban allí de forma permanente. Y lo que es más importante, tenían la fuerza de una minoría organizada: tenían una ideología clara, funcionaban con eficacia, establecían sus propias «centurias» dentro de las estructuras de autodefensa. También consiguieron que sus eslóganes prevalecieran: «Gloria a Ucrania», «Gloria a los héroes», «Muerte a los enemigos», «Ucrania por encima de todo» (una adaptación de *Deutschland über Alles*). Antes del Euromaidán, solo se usaban en la subcultura nacionalista, ahora se popularizaron. Probablemente, cualquiera que utilizara la estación central de metro de Kiev en diciembre pudo ser testigo de una escena como esta: un grupo de nacionalistas empieza a cantar «¡Gloria a la nación! ¡Gloria a Ucrania!», y cualquier transeúnte camino de su trabajo o sus estudios contesta: «¡Sí, gloria a los héroes! ¡Muerte a los enemigos!». Todo el mundo sabía ahora cómo responder, sabía qué se esperaba de ellos.

Por supuesto que no todo el que canturreaba «¡Gloria a los héroes!» era un simpatizante de la extrema derecha, ni por asomo. La mayoría interpretaba los eslóganes en un cierto sentido, no refiriéndose a los héroes de la Organización de Nacionalistas Ucranianos de Stepan Bandera, sino a los héroes del Maidán. Aun así, era un gran éxito para la extrema derecha, algo que ni los liberales ni el pequeño número de izquierdistas que tomaron parte fueron capaces de conseguir. ¿Por qué esos eslóganes y no otros menos cuestionables? ¿Por qué no algunas exigencias socioeconómicas? Ello demuestra quién ostentaba de hecho la hegemonía del proceso. Sí, numéricamente, la extrema derecha tenía una presencia menor, pero dominaba política e ideológicamente.

¿Qué papel jugaron en las protestas la intelectualidad ucraniana y la elite cultural?

Probablemente, fue más significativo al principio, en la fase del Euromaidán, que después, cuando se convirtió en un auténtico movimiento de masas. Los liberales y los progresistas solían apoyar el Maidán, pero adoptaban la estrategia retórica de rebajar el papel de la extrema derecha, proclamando que su papel estaba siendo exagerado por la propaganda rusa. Por ejemplo, criticaban a Svoboda por organizar

una marcha masiva con antorchas en el cumpleaños de Stepan Bandera, el 1 de enero, pues era negativo para la imagen del movimiento. Pero no hicieron nada por disociar el Maidán de esos partidos. Fue un grave error: si hubieran trazado una línea entre ellos y la extrema derecha, podrían haber planteado algo así como un programa democrático-burgués (a favor de unos derechos civiles fuertes, contra los abusos de la policía, contra la corrupción, etcétera) que los ucranianos del este también podrían haber apoyado con facilidad. En su lugar, lo que surgió fue una amalgama turbia de varias fuerzas políticas con preocupaciones sociales y económicas muy débilmente articuladas, en las que las ideas y el discurso de la derecha predominaban. Parte de la razón por la que la intelectualidad no marcó distancias con la extrema derecha puede atribuirse a que sabían que su posición era objetivamente muy débil y que un desligamiento de Svoboda y del Sector de Derechas significa quedarse totalmente fuera del movimiento; la alianza era demasiado importante para ellos. Pero, al mismo tiempo, este error impidió que el movimiento consiguiera un apoyo verdaderamente nacional.

¿Cómo explica el hecho de que los referentes ideológicos de la construcción del nacionalismo ucraniano sean todos muy reaccionarios: Pavlo Skoropadsky, Symon Petliura, Stepan Bandera? ¿Ha habido algún intento de una versión alternativa de izquierdas que tomara los legados populistas o anarquistas de figuras como Mykhailo Dragomanov o incluso Néstor Majnó?

Sí, el nacionalismo ucraniano tiene ahora mayoritariamente estas connotaciones de derecha y el énfasis en las figuras mencionadas ha dominado a las vetas izquierdistas. Pero cuando surgió a finales del siglo XIX, el nacionalismo ucraniano era predominantemente un movimiento izquierdista, incluso socialista. La primera persona que reclamó un Estado ucraniano independiente fue un marxista, Yulian Bachinski, que escribió un libro titulado *Ucrania irredenta* en 1895; y hubo muchos otros que escribieron desde posiciones marxistas a principios del siglo XX. Pero hoy en día todos los intentos de revitalizar las ideas socialistas dentro del nacionalismo ucraniano han sido muy marginales. Parte del problema es que no es tan fácil actualizar esas ideas: las personas mencionadas escribían para un país fundamentalmente agrícola, ya que aproximadamente el 80 por 100 de los ucranianos eran campesinos. El hecho de que la clase obrera no fuera ucraniana fue, como sabemos, un gran problema para los bolcheviques que intensificó la dinámica de la guerra civil de 1918-1921, porque no fue solo una guerra de clases, sino también una guerra nacional; las

fuerzas de los pequeñoburgueses proucranianos pudieron movilizar esos sentimientos nacionales contra un movimiento obrero que era visto como prorruso. Por supuesto, actualmente Ucrania ya no es un país agrícola, sino industrializado, y como aproximadamente la mitad de la población habla ucraniano y la mitad habla ruso ya no es fácil decir cuál es la nación oprimida y quién la opresora.

Además está el hecho de que la derecha ha trabajado para reinterpretar figuras como la de Majnó desde un punto de vista nacionalista: no como anarquista, sino como otro ucraniano que luchó contra el comunismo. A sus ojos, el comunismo fue una imposición rusa y el anarquismo también es descrito como «antiucraniano». En el Maidán, la extrema derecha expulsó a un grupo de anarquistas que intentaba organizar su propia «centuria» dentro de las estructuras de autodefensa. También atacaron físicamente a izquierdistas y sindicalistas que fueron a distribuir octavillas de apoyo al Maidán: uno de los oradores los señaló diciendo que eran comunistas y una muchedumbre de derechas los rodeó y los golpeó.

¿Hubo muchos incidentes así durante las protestas?

Se habló mucho de ataques a sinagogas en Kiev, pero probablemente fueron realizados por provocadores del Gobierno más que por activistas del Maidán; en conjunto no hubo ningún problema grave de delitos de odio motivados étnicamente. De hecho, hubo algunas centurias judías en las estructuras de autodefensa: un dato citado por los defensores del Maidán para demostrar que el movimiento no era xenófobo o antisemita. Hubo también una centuria de mujeres, así como una iniciativa interesante llamada La Mitad del Maidán, iniciada por algunas feministas, que intentó plantear allí cuestiones de igualdad de género. Pero en el Maidán hubo también algunas escenas casi medievales: por ejemplo, «las banquetas de la vergüenza», en las que algunos supuestos ladrones fueron obligados a subirse con la palabra «ladrón» escrita en la frente y soportar todo un proceso de humillación pública. Otro lado oscuro del Maidán fueron las llamadas «cazas de *titushka*». Los *titushki* son jóvenes pobres, a menudo desempleados, a quienes el Gobierno solía pagar como provocadores y matones callejeros para acosar o atacar a los manifestantes, a menudo en colaboración con la policía. Entre algunos de los manifestantes de clase media del Maidán había una especie de chovinismo social hacia estas personas. El AutoMaidán era una parte del movimiento que llevaba a cabo acciones utilizando caravanas de coches: bloqueaban las

calles, hacían ruido delante de la residencia de Yanukóvich o la casa de Pshonka, el fiscal general. En determinado momento organizaron cazas del *titushka*, en las que circulaban por Kiev en su busca; los atrapaban y los obligaban a hacer una confesión pública. Pero ¿cómo decidían quién era un *titushka* y quién no? A menudo se basaban en su aspecto, si llevaban un chándal, utilizando ese tipo de marcadores sociales.

¿Sería correcto afirmar que el Maidán no representó una amenaza inmediata para Yanukóvich hasta mediados de enero?

Cada domingo había mítines en el centro de Kiev y decenas de miles de personas venían a escuchar a los políticos y a otros oradores. Pero el movimiento estaba empezando a estancarse: no tenían una estrategia para derribar a Yanukóvich. A lo largo de la primera mitad de enero, cada vez menos gente salía a las calles. La gente quería que la campaña progresara, quería acción. Una vez más, Yanukóvich les brindó la oportunidad cuando su Gobierno aprobó un paquete de diez leyes represivas el 16 de enero. Las llamaron «leyes turbo» porque el Parlamento las aprobó en poco más de una hora. Algunas eran medidas que ya había intentado aprobar antes: una ley sobre el extremismo, restricciones a la libertad de reunión y a la libertad de expresión, una ley para las ONG que exigía a las organizaciones con financiación occidental que se declarasen agentes extranjeros. Otras tenían en el punto de mira las acciones que el Maidán había llevado a cabo: una prohibición del uso de máscaras, así como una ley que prohibía la formación de caravanas de más de cinco coches, dirigida contra los activistas del AutoMaidán. Después de esto, la gente empezó a exigir pasos más decisivos contra Yanukóvich, pero cuando una multitud se reunió para protestar contra las leyes el 19 de enero, los partidos de la oposición no propusieron ningún plan de acción convincente. Entonces, uno de los líderes del AutoMaidán, Serhiy Koba, subió al estrado y pidió a la multitud que avanzara hacia el Parlamento por la calle Hrushevskoho, donde a continuación comenzaron los enfrentamiento con la policía. Entonces, cuando el nivel de violencia aumentó, los mítines y las reuniones pasaron a un segundo plano.

¿Cambió la composición social y regional de las protestas del Maidán de una fase a otra?

Los sociólogos hicieron encuestas al respecto a finales de enero, que mostraron que, tras la violencia que comenzó el 19 de enero, la gente

en el Maidán pertenecía a sectores menos acomodados y con menos formación que en la primera fase. Había menos personas de Kiev y más de las pequeñas ciudades del centro y oeste de Ucrania, que es una parte del país mucho menos urbanizada: aproximadamente el 40-50 por 100 vive en ciudades, comparado con más del 90 en la provincia de Donetsk. Estas regiones son en su mayoría pobres y tienen problemas muy graves de desempleo: perdieron gran cantidad de empleos en la industria electrónica, en el sector de la ingeniería mecánica, etcétera, después de 1991. Mucha gente sobrevive únicamente gracias a que tiene sus propias tierras y los pocos que tienen un empleo estable están muy mal pagados. Hay muchos migrantes de esas regiones a las ciudades más grandes de Ucrania y un número enorme de ellos van ilegalmente a la UE (a España, Portugal, Polonia, Italia) para trabajar en la construcción, la limpieza, el cuidado de niños o ancianos. Es difícil obtener cifras precisas, pero hay estimaciones que sitúan el número de migrantes en cualquier punto entre 1 y 7 millones. La gente de estas regiones están obviamente muy a favor de la integración europea, de que se les permita ir a Occidente libremente y trabajar allí. También tienen motivos claros de queja social contra Yanukóvich y casi nada que les retenga: por eso estaban dispuestos a unirse a las fuerzas de autodefensa del Maidán y enfrentarse a la policía. Los sociólogos empezaron a llamar a la acampada el *Sich*, como los campamentos militares de los cosacos, pero se puede afirmar que el Maidán era hasta cierto punto un movimiento de trabajadores desposeídos.

A partir de mediados de enero las protestas parecieron entrar en una tercera fase, en la que las negociaciones entre el Gobierno y la oposición continuaron, a pesar de la escalada de violencia, hasta la destitución de Yanukóvich el 22 de febrero. ¿Qué se jugaba en esas negociaciones y qué es lo que forzó la marcha de los acontecimientos?

Una de las exigencias de los manifestantes era la liberación y la amnistía incondicional de los arrestados durante los enfrentamientos (había más de 200); el Gobierno insistía en que los manifestantes evacuaran antes los edificios que habían ocupado. Finalmente, se llegó a un compromiso con Pshonka, el fiscal general. Pero la cuestión principal era la derogación de las leyes del 16 de enero, que el Parlamento también aceptó finalmente. Mientras tanto, los partidos de la oposición exigieron que la Constitución de 2004 se restableciese inmediatamente, para dar más poderes al Parlamento. Aparentemente, Yanukóvich estaba dispuesto a

discutir una Constitución nueva, pero no aceptaba regresar a la de 2004: quería crear una comisión constitucional, adoptar una larga ruta legal para retrasarla lo más posible. El 18 de febrero, cuando el Parlamento había programado votar sobre el cambio de la Constitución, el presidente de la Rada, Volodymyr Rybak, del Partido de las Regiones, se negó a permitir que se registrara el proyecto de ley. Una multitud había acudido al Parlamento para expresar su apoyo a la oposición, en lo que había sido llamada la «Ofensiva Pacífica», pero se encresparon mucho cuando se bloqueó incluso la discusión del cambio constitucional. La violencia estalló de nuevo, la policía respondió con especial brutalidad: cierto número de personas fueron asesinadas por la policía antidisturbios.

Quizá el punto de inflexión más importante fueron los disparos de los francotiradores contra los manifestantes en el centro de Kiev el 18, 19 y 20 de febrero. ¿Quién fue el responsable?

Es una cuestión importante. ¿Quiénes eran los francotiradores, quién les ordenó disparar a matar? No lo sabemos todavía. Algunos señalan que los francotiradores disparaban tanto a los manifestantes como a la policía, lo que evidenciaría que había una tercera fuerza que intentaba una escalada de los acontecimientos. Hubo también una filtración de una conversación entre el ministro de Asuntos Exteriores estonio y Catherine Ashton, de la UE, que sugería que algunos creían que los francotiradores estaban controlados por la oposición. Fue un acontecimiento crucial que produjo un montón de muertes: unas cuarenta o cincuenta personas fueron asesinadas solo el 20 de febrero, muchas de ellas por los francotiradores. Hubo otra novedad importante el 18 de febrero en el oeste de Ucrania, donde los manifestantes empezaron a atacar comisarías de policía y asaltar sus arsenales, haciéndose con gran cantidad de armas de fuego. Sucedió en Lviv, en Ternopil, en Ivano-Frankivsk, en muchas zonas. La situación cambió drásticamente: los policías antidisturbios estaban dispuestos a dispersar a los manifestantes cuando iban armados con palos, piedras y cócteles Molotov, pero no estaban dispuestos a morir por Yanukóvich. Después del 18 de febrero, las partes occidentales de Ucrania quedaron bajo el control de los manifestantes, que ocuparon los edificios oficiales y los cuarteles generales de la policía y de los servicios de seguridad. En algunos lugares la policía disparó contra los manifestantes, pero en muchas zonas se fueron sin ofrecer mucha resistencia. Era una de las debilidades del régimen: se basaba principalmente en redes de corrupción más que en lealtades ideológicas

fuertes. Por supuesto, otro factor fue la imposición de sanciones europeas: la escalada de la represión gubernamental empujó definitivamente a Bruselas a aprobarlas más rápidamente. Después del 18 de febrero la facción parlamentaria del Partido de las Regiones que ostentaba el gobierno comenzó a disolverse rápidamente y muchos diputados se unieron a la oposición. Esto transformó el equilibrio de fuerzas en la Rada: ahora había una mayoría de la oposición que podía votar el regreso a la Constitución de 2004 y pedir la dimisión de Yanukóvich. En cierto sentido fue el momento en el que la toma del poder fue definitiva. Y por supuesto, los tiroteos acentuaron la decisión de la gente en las calles.

¿Cuál era la relación entre los manifestantes y los partidos de la oposición en aquel momento?

Los partidos de la oposición eran mucho más moderados que la gente de la calle e intentaron convencer al Maidán de que era necesaria una solución de compromiso con Yanukóvich. Por ejemplo, el 20-21 de febrero, los líderes de la oposición [Klitschko, de la UDAR; Arseniy Yatseniuk, de Unión de Todos los Ucranianos-Patria (Batkivshchyna); Oleh Tyahnybok, de Svoboda] alcanzaron un acuerdo con Yanukóvich, con la mediación de los ministros de Asuntos Exteriores de Francia, Alemania y Polonia: habría elecciones en diciembre, la Constitución de 2004 sería reinstaurada en veinticuatro horas y la policía, retirada del centro de Kiev. El ministro de Asuntos Exteriores polaco, Radoslaw Sikorski, fue al Consejo del Maidán, un órgano dominado por políticos de la oposición, y dijo: «Si no aceptáis este compromiso, estáis todos muertos». El Consejo apoyó el compromiso, pero cuando lo comunicaron a la multitud en la calle, no fue aceptado. Uno de los miembros de las fuerzas de autodefensa (un joven de 26 años de Lviv, llamado Volodymyr Parasiuk) subió al estrado y dijo que si Yanukóvich no dimitía antes de las 10 de la mañana del día siguiente, comenzarían a ocupar los edificios del Gobierno en Kiev. Esto sí lo apoyó la multitud. Unas pocas horas después, Yanukóvich huyó de la capital. Tal como demostraron después las secuencias de las cámaras de seguridad de su residencia de Mezhyhirya, ya había empezado a empaquetar sus cosas el 19 de febrero: lo que significa que la oposición y los ministros europeos pretendían convencer a los manifestantes de que aceptaran un compromiso con Yanukóvich cuando él ya estaba preparando su huida de Kiev.

¿Cómo describiría al Gobierno interino que asumió el poder?

No estoy de acuerdo con la idea de que fue un golpe fascista. La palabra «golpe» implica que hubiera una toma del poder armada, bien organizada, planificada desde arriba, y eso no es lo que sucedió. La extrema derecha tenía una posición ciertamente prominente en el nuevo Gobierno: el presidente interino, el primer ministro y otros varios ministros eran del partido de Timoshenko, pero Svoboda tenía cuatro carteras (viceprimer ministro, ministro de Defensa, ministro de Agricultura, ministro de Medio Ambiente) más la Fiscalía General. Había también varias personas que no eran de Svoboda pero tenían un perfil de extrema derecha: Serhiy Kvit, ministro de Educación, había sido anteriormente un cuadro medio en Tridente, aunque probablemente lo abandonó hace muchos años; Andriy Parubiy, el jefe del Consejo de Seguridad Nacional y Defensa, fue uno de los fundadores del Partido Social-Nacional y lideró su sección juvenil paramilitar, Patriotas de Ucrania, antes de unirse a Batkivshchyna. Era también comandante de los grupos de autodefensa de Maidán. O también Tetiana Chornovol, una periodista que fue secuestrada del Maidán por las autoridades y golpeada de gravedad en diciembre: había sido secretaria de prensa del ultraderechista Asamblea Nacional Ucraniana-Autodefensa Nacional Ucraniana (ASU-ANU) y jefe del Comité Nacional Anticorrupción desde marzo. Pero al Gobierno se le describe mejor como neoliberal que como de extrema derecha. Su programa económico se caracterizaba por las medidas de austeridad: aceptaron todas las condiciones del crédito impuestas por el FMI: tarifas sobre los servicios públicos cada vez mayores, salarios congelados, recorte de todo un abanico de prestaciones sociales. Era un programa que cargaba el peso de la crisis económica sobre los pobres.

Desde ese punto de vista, la anexión de Crimea por parte de Rusia tuvo lugar en un momento muy oportuno para el nuevo Gobierno, porque ayudó a darle legitimación nacional, al apartar de los focos las cuestiones sociales y unir a la gente contra la intervención extranjera. Algunas personas comenzaron a presentarse voluntarias para el ejército y para la recientemente establecida Guardia Nacional, y se celebraron mítines masivos en apoyo de la soberanía y la integridad territorial del país. Al mismo tiempo, Ucrania comenzó a polarizarse rápidamente. Había habido mítines contra el Maidán en el este (Járkov, Donetsk, Lugansk, Dnipropetrovsk) desde finales de 2013, aunque habían sido básicamente orquestados por Yanukóvich y el Partido de las Regiones en el gobierno. Cuando Yanukóvich fue derrocado, las movilizaciones del este se hicieron más descentralizadas, con un perfil más popular, más intensas:

especialmente, con la intervención rusa en Crimea. Hubo mucha oposición al nuevo Gobierno y exigencias de una mayor devolución de competencias a las regiones.

Entre las zonas de habla rusa de Ucrania, parece que Crimea ocupaba un lugar aparte, incluso antes de la anexión.

Siempre fue una provincia problemática de Ucrania. De 1992 a 1995, la península tuvo su propia Constitución por separado, que proclamaba que Crimea es una república autónoma que delega algunos poderes en Ucrania; Kuchma la abolió y estableció el gobierno directo durante unos pocos meses, hasta que se acordó una nueva Constitución. La segunda opción en el referéndum de marzo de 2014, aparte de unirse a la Federación de Rusia, era permanecer en Ucrania pero regresar a la Constitución de Crimea de 1992.

El hecho de que Kruschev transfiriera la península de Rusia a Ucrania en fecha relativamente reciente debe de haber contado también, especialmente en la opinión pública rusa.

Sí, es una de las explicaciones ideológicas ofrecidas, pero otras partes de Ucrania también fueron añadidas no mucho antes: partes del noroeste pertenecieron a Polonia hasta 1939; partes del suroeste fueron rumanas hasta 1940; Transcarpatia fue territorio checoslovaco antes de la Segunda Guerra Mundial, ocupado por Hungría durante la guerra y entregado a Ucrania en 1945. Y si se entra en estas discusiones históricas, entonces, por supuesto que los tártaros de Crimea estaban allí mucho antes, junto con otros pueblos. Ahora son algo así como el 12 por 100 de la población de la península. Se oponían con fuerza a la anexión rusa y boicotearon en masa el referéndum de marzo.

¿Cuáles cree que fueron las motivaciones de Rusia para tomar la península?

O bien asuntos internos, el intento de adelantarse a una revolución en Rusia, o bien un deseo de dar un aviso a Kiev y a Occidente. Económicamente, no tiene mucho sentido para Rusia absorber Crimea. Es una de las partes más pobres de Ucrania y depende de los subsidios de Kiev; de hecho, será beneficioso para Ucrania no tener que pagar a Crimea. Hay algo de actividad económica asociada con la armada, especialmente en torno a Sebastopol, pero mucha de la industria de Crimea

se derrumbó en la década de 1990, y el turismo no ha sido muy rentable: para los turistas rusos es más barato ir a Turquía o Egipto. Toda la costa del sur, con su exclusivo clima subtropical, ha sido dividida en territorios de propiedad privada más que desarrollado para el turismo. La agricultura tampoco se encuentra en buen estado. Se necesitaría una inversión realmente importante para mantener la economía de Crimea a flote: mucha inversión para pocas ganancias. La demografía está también muy mal: aproximadamente el 20-25 por 100 de la población está económicamente activa, el resto son pensionistas y escolares. La infraestructura de la península está muy conectada con Ucrania: es una de las razones por las que podría haber tenido sentido para Kruschev transferir su jurisdicción. Crimea recibe agua fresca para la agricultura desde la provincia de Jersón y no hay manera de recibir aprovisionamientos por tierra sin cruzar a través de Ucrania. En resumen, era obvio desde el principio que Crimea sería una pesada carga para los rusos. Los beneficios potenciales del gas de la plataforma del mar Negro y de una posible rectificación de la ruta del gasoducto South Stream por Crimea, así como las cuestiones militares sobre la base naval de Sebastopol y la adhesión de Ucrania a la OTAN no fueron, creo, las razones principales para la anexión de Crimea, sino más bien incentivos adicionales. La razón fundamental fue incrementar el apoyo a Putin con una «pequeña guerra victoriosa».

Después de la anexión de Crimea, el foco de las tensiones se trasladó a las provincias de Donetsk y Lugansk, donde en marzo se formaron grupos separatistas que empezaron a tomar edificios oficiales locales. ¿Qué distingue a estas dos regiones de las otras zonas del este y del sur de Ucrania donde la lengua rusa es predominante?

No sé cuánto queremos remontarnos, pero hasta el siglo XVIII esta área era el *dikoe pole*, el «campo salvaje» de las estepas dominadas por nómadas: más tarde, los tártaros de Crimea. Los campesinos rusos y ucranianos comenzaron a colonizar la estepa y luego el Gobierno imperial se involucró, invitando a alemanes, serbios y algunos judíos. Pero cuando se descubrió carbón, y especialmente cuando se construyeron los ferrocarriles en la segunda mitad del siglo XIX, se convirtió en una región industrial de vital importancia. Trabajadores de diversas partes del Imperio ruso vinieron a trabajar a las minas del Donbás a finales del siglo XIX y principios del XX, y con el empuje de la industrialización de Stalin la mano de obra trabajadora aumentó masivamente. Desde entonces ha sido la zona más industrializada de Ucrania, y la más urbanizada.

Es también la región más poblada, con más de 6 millones de personas, por encima del 13 por 100 del total nacional. La economía de Donetsk y Lugansk se basa principalmente en las antiguas empresas soviéticas: minas de carbón y plantas metalúrgicas. Los oligarcas robaron prácticamente estas fábricas al Estado durante las privatizaciones delictuales de la década de 1990. Son todavía complejos industriales muy grandes (por ejemplo, Ajmétov emplea aproximadamente a 300.000 personas en su grupo Systems Capital Management. Muchas de estas plantas venden a Rusia todo lo que fabrican, así que, al margen de otras consideraciones, es la principal razón para que deseen evitar cualquier disputa grave con Rusia. Simplemente, temen por sus puestos de trabajo. Estructuralmente, las razones no se diferencian de las de la gente del oeste de Ucrania para apoyar la integración europea: el Acuerdo de Asociación fue considerado una forma de facilitar las cosas a los que trabajaban ilegalmente en la UE o tenían familiares allí.

La conexión con Rusia es quizá también una razón por la que las movilizaciones prorrusas fueran más fuertes en esta zona que en, digamos, Dnipropetrovsk u Odessa, donde la economía local está mucho menos estrechamente ligada a Rusia. Járkov es un caso interesante: fue la primera capital de la Ucrania soviética, pero no ha habido tanta agitación separatista allí, algo que también tiene que ver con la manera en que el Gobierno interino de Kiev manejó la situación: cuando el movimiento contra el Maidán empezó a levantar barricadas y tomar edificios del Gobierno en las ciudades del este, enviaron a Járkov al ministro del Interior, Arsen Avakov; al secretario de Seguridad Nacional, Parubiy, a Lugansk; y al viceprimer ministro, Vitaliy Yarema, a Donetsk. Solo en Járkov se consiguió bloquear las movilizaciones separatistas, supongo que gracias a unas negociaciones más eficaces. También es verdad que en Dnipropetrovsk, Kolomoyskyi pareció hacerse con el poder bastante eficazmente después de ser nombrado por Kiev gobernador de la región. Pudo organizar y pagar batallones progubernamentales y pareció ganarse la confianza de la población local.

Las revueltas del este ¿tenían también raíces culturales e ideológicas?

Otra particularidad del Donbás es que la identidad étnica ha sido históricamente mucho más débil que la identidad regional y profesional. Siempre ha habido allí una mezcla de nacionalidades, pero no se consideraba importante y ante todo se han visto a sí mismos como gente del Donbás

o como mineros. En el oeste de Ucrania ocurre lo contrario: la identidad nacional es mucho más significativa, lo cual explica en parte por qué la gente del Donbás rechazó el nacionalismo ucraniano, que les parecía completamente ajeno a ellos. La tolerancia del Maidán a la veneración de los grupos de extrema derecha por Stepan Bandera fue también un factor que movilizó a la gente del este. Evidentemente, la propaganda rusa describió todo el movimiento como *banderovtsi*, lo que era una exageración inmensa. Pero especialmente para la generación más mayor, la victoria sobre los nazis fue un elemento crucial en la construcción de un tipo de identidad nacional soviética, ni rusa ni ucraniana, y la presencia de tantas banderas rojas y negras y de los retratos de Bandera en el Maidán fue una razón poderosa para rechazar al nuevo Gobierno.

Otro punto de fricción parece haber sido la lengua. ¿Cuál es el estatus del ruso en Ucrania, tanto oficial como extraoficialmente?

Formalmente, el ucraniano tiene prioridad: es la única lengua oficial. Pero la situación formal difiere de la real, puesto que aproximadamente la mitad de la población utiliza el ruso y casi todo el mundo lee y entiende ambos. Históricamente, Kiev era predominantemente de habla rusa, igual que la mayoría de las ciudades, mientras que en las zonas rurales se hablaba más el ucraniano, aunque esta situación se debía en parte al Imperio ruso y después a las políticas de rusificación soviéticas, puestas en marcha tras un breve periodo de ucranización en la década de 1920. Hoy en día, el ucraniano es más fuerte en el ámbito oficial, pero la cultura en lengua rusa domina el terreno comercial: por ejemplo, la mayoría de los libros, revistas y periódicos se escriben en ruso. Hasta hace poco, las películas extranjeras se doblaban, por regla general, al ruso, no al ucraniano. Para los nacionalistas el desarrollo de la cultura en lengua ucraniana requiere que se elimine el ruso, pero me parece que hay otras posibles soluciones: ¿por qué no otorgar más apoyo estatal a la cultura en lengua ucraniana, como subsidios para los libros, financiación para las escuelas, los artistas, los escritores, los teatros o los directores de cine? Pero, por supuesto, eso precisaría algo de gasto e inversión pública, lo que lo convertiría en una política opuesta al criterio neoliberal. Así que, en lugar de eso, lo que han hecho es movilizar el sentimiento nacionalista.

En 2012, a pesar de la fuerte resistencia de los nacionalistas, la Rada aprobó una ley que decía que, si el censo de una zona determinada muestra que un grupo étnico representa el 10 por 100 de la población, el

Gobierno local tiene derecho a conceder a su lengua el estatus de lengua regional. Por lo tanto, no era un desafío para el ucraniano como lengua oficial, y no concernía solo al ruso: hay una minoría búlgara, una minoría rumana, una minoría húngara, una minoría tártara y todas tienen el derecho a una lengua regional. Pero el Partido de las Regiones la utilizó como una herramienta para movilizar al electorado prorruso, desviando la atención de las cuestiones sociales y económicas hacia una especie de guerra cultural con el oeste de Ucrania. Los nacionalistas estaban eufóricos: eran sus temas, luchaban por su lengua materna. El nuevo Parlamento anuló la ley sobre las lenguas el primer día que se reunió tras la caída de Yanukóvich. Fue una medida realmente incendiaria, las personas del este de Ucrania se sintieron personas de segunda categoría en el tema lingüístico. A finales de febrero, ante las movilizaciones contra el Gobierno en el este, el presidente en funciones, Turchínov, anuló la decisión que había derogado la ley. En cierta forma, sienta un límite a las políticas culturales nacionalistas en el futuro.

¿Cómo evaluaría la escala y la importancia de la implicación rusa en las revueltas antigubernamentales en el este?

Desde luego hubo ciudadanos rusos implicados en las protestas contra el Maidán por ejemplo, en Járkov a principios de marzo fue un moscovita quien intentó colocar una bandera rusa en el edificio del Gobierno regional; pero no se puede afirmar que las protestas fueran enteramente manejadas desde el exterior. Para empezar, había muchos tipos de manifestantes: algunos pedían la separación o la unión con Rusia, pero muchos otros se habrían quedado satisfechos con lograr un referéndum de autodeterminación y la federalización de Ucrania. Y también tenían miedo de Sector de Derechas, de gente que llegara a sus ciudades y derribara los monumentos de Lenin, lo que estaba sucediendo en toda Ucrania. Fueron movilizaciones bastante grandes: en Donetsk hubo decenas de miles de personas en las calles a principios de marzo.

Pero el punto de inflexión llegó a principios de abril, con la llegada de voluntarios rusos muy bien equipados que organizaron la toma armada de Sloviansk. Muchos de ellos eran nacionalistas rusos de extrema derecha con ideas muy conservadoras y cuyos objetivos van mucho más allá del Donbás; para ellos, Kiev es la madre de las ciudades rusas y piensan que deberían anexionarse una parte de Ucrania mucho mayor que solo el este. Estas personas ejercieron una indudable influencia en el carácter

ideológico de la proclamación de la República Popular de Donetsk, a principios de abril. Por ejemplo la Iglesia ortodoxa del Patriarcado de Moscú fue declarada la Iglesia estatal de la RPD y la Constitución de la RPD prohibió el aborto con el argumento de que la defensa de los derechos humanos comienza en la concepción. La apreciación de los separatistas por el pasado soviético se basaba principalmente en la idea imperial de un gran país que pudiera competir con la superpotencia estadounidense; los elementos socialistas del legado soviético eran muy débiles. Algunos izquierdistas expresaron su admiración hacia la República Popular de Donetsk porque defendía la nacionalización, pero la Constitución no daba prioridad a la propiedad del Estado, sino que ponía en primer lugar a la propiedad privada. La idea de nacionalizar las fábricas de Ajmétov se planteó porque la posición del oligarca se mantuvo muy ambigua durante mucho tiempo, y después, a mediados de mayo, se posicionó en contra de los separatistas e intentó movilizar a los trabajadores en su contra, sin mucho éxito, diría yo. Una multitud se dirigió a la residencia de Ajmétov a finales de mayo (igual que la gente de Kiev había ido a la de Yanukóvich) exigiendo que se les dejara entrar. Pero la gente de la RPD intentó calmarles, diciendo: «Sabemos cómo os sentís, pero no es el momento». Es evidente que estas personas no son socialistas, son nacionalistas populistas.

¿Hasta qué punto fue iniciativa del Gobierno de Putin la presencia de los voluntarios?

No tengo muy claro el grado de interferencia estatal rusa. La propaganda oficial ucraniana insiste en que todo el movimiento está dirigido por Rusia, pero es una interpretación errónea de la situación. Por supuesto que algunos voluntarios rusos podrían ser agentes estatales, pero es probable que la mayoría sean simplemente voluntarios: y hay muchos rusos dispuestos a luchar en Ucrania para ayudar a la causa nacionalista rusa. La gente del resto de Ucrania tiende a ver la rebelión del este como una intervención rusa o una «acción terrorista», siguiendo la línea marcada por el anuncio del Gobierno a mediados de abril de que comenzaba una «operación antiterrorista». Pero en el Donbás, de acuerdo con una encuesta de mayo, el 56 por 100 la llama una revuelta popular; para ellos, es algo que tiene raíces locales y una base de apoyo local, a pesar de la participación de voluntarios rusos. Sea como sea, no creo que su presencia cambie la naturaleza del conflicto. Decenas de miles de voluntarios internacionales lucharon en la Guerra Civil española y Alemania e Italia enviaron tropas regulares, pero esto no modificó el hecho de

que el conflicto era interno, entre republicanos y franquistas. Si se cuentan los combatientes separatistas que han caído frente a las fuerzas del Gobierno ucraniano, hay desde luego cierto número de rusos, pero una proporción significativa son ucranianos. Es realmente una guerra civil.

En el periodo previo a los referéndums separatistas de Donetsk y Lugansk que se celebraron a mediados de mayo, parecía como si Putin estuviera considerando seriamente una intervención en el este de Ucrania: y los separatistas esperaban evidentemente que el Donbás siguiera a Crimea en su anexión por la Federación de Rusia. ¿Qué probabilidad existía de que esto sucediera?

No estoy seguro ahora de que Putin en algún momento fuera a invadir el este de Ucrania. Los regimientos del ejército ruso plantados en masa en la frontera probablemente estaban allí para disuadir a Kiev de cualquier intento de recuperar Crimea militarmente, y sobre todo para mantener la presión y desestabilizar la situación. Lo que Putin necesita realmente es un gobierno leal en Kiev, o por lo menos uno que no ingrese en la OTAN o realice otras maniobras antirrusas. No tiene interés en incorporar el Donbás en Rusia. Por una parte, estas zonas dependen de los subsidios estatales para las industrias mineras y, por otra, están los grupos armados y la movilización popular que atesora grandes expectativas sobre el Estado ruso. La gente solía hablar a menudo de exportar la revolución, pero aquí existe el peligro de importarla. Putin también se encuentra en una posición delicada en el interior: los rusos esperaban que interviniese, así que ahora está bajo la presión de la opinión pública allí. Puede parecer que está jugando sus bazas de manera irregular o inconsistente, pero es realmente un reflejo de la complejidad de su posición.

A finales de mayo pareció producirse un cambio en Donetsk, con más grupos armados evidentemente rusos asumiendo el control del Gobierno rebelde. ¿Fue quizá un intento encubierto de Putin de tomar las riendas de la situación?

No creo que Putin controle a esta gente. Controla las unidades del ejército ruso cercanas a la frontera, de las que unas cuantas han sido retiradas ahora. Pero los separatistas siguen luchando en Sloviansk, Donetsk, Krasny Liman y otras zonas, y no parece que vayan a rendirse pronto.

El 25 de mayo, en medio de la «operación antiterrorista», se celebró una elección presidencial en Ucrania que ganó Petro Poroshenko. Cuéntenos primero sobre el propio Poroshenko.

Es un multimillonario, la sexta persona más rica de Ucrania según la lista Forbes. Es propietario del emporio de productos de confitería Roshen, de ahí su apodo, el «Rey del Chocolate»; aunque también es propietario de otros negocios, como la cadena de televisión Canal 5. Políticamente, es un oportunista todoterreno: estuvo originalmente en un partido a favor de Kuchma a finales de la década de 1990, y luego fue uno de los fundadores del Partido de las Regiones. Después formó su propio partido, el Partido de la Solidaridad, y apoyó a Yúshchenko en 2004: de hecho, fue una de las figuras destacadas de la Revolución Naranja. Más tarde fue director del Banco Central, ministro de Asuntos Exteriores y después ministro de Comercio con Yanukóvich. Pero quizá el factor más importante para su actual popularidad es que apoyó el Maidán y fue uno de los políticos que con mayor frecuencia apareció en el estrado de la plaza de la Independencia.

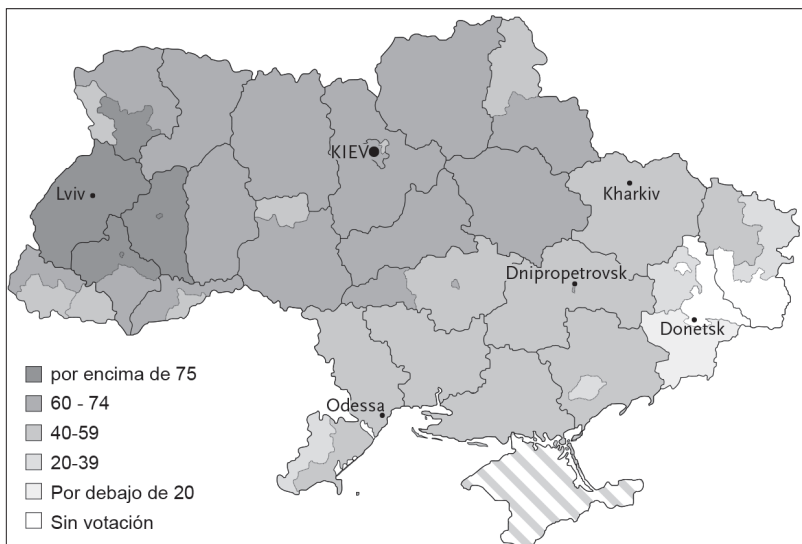
Los resultados oficiales de las elecciones parecieron indicar un desplazamiento del voto: Poroshenko consiguió la victoria en la primera vuelta con el 55 por 100 del voto, mientras que Timoshenko, su rival más cercana, consiguió menos del 13 por 100. Pero, como es presumible, ¿hubo variaciones regionales amplias tras esta imagen de unanimidad?

Sí, hubo diferencias geográficas importantes. Pero la primera cosa llamativa es la participación general: fue la más baja de una elección presidencial desde la independencia de Ucrania. La cifra oficial fue el 60 por 100, pero se calculó teniendo en cuenta solo los distritos en los que la votación se llevó a cabo. En la mayoría de los distritos de Donetsk y Lugansk no hubo votaciones y simplemente se excluyeron del cálculo. Son algunas de las partes más pobladas del país. Si añadimos a las cifras la gente que no votó allí, la participación habría quedado probablemente un poco por encima del 50 por 100. Por supuesto, hubo razones objetivas por las que mucha gente no pudo acudir a las urnas en el este: se hablaba de grupos armados que intentaban detener las elecciones y de personal administrativo electoral que estaba siendo amenazado, pero no se debe exagerar la escala de todo eso. Una encuesta llevada a cabo el día de las elecciones por el Instituto Internacional de Sociología de Kiev en Donetsk y Lugansk mostró que dos tercios de los encuestados no iban a votar, y de esos dos tercios, el 50 por 100 dijo que era por motivos políticos, no por pura intimidación: la elección no les parecía justa, pensaban que el Donbás ya no era realmente parte de Ucrania, no se fiaban de los candidatos. Existía, por lo tanto, una evidencia bastante clara de

un boicot político masivo, de ahí la participación tan baja incluso en las zonas en las que hubo votación. La participación también fue baja en otras partes del sureste, por debajo del 50 por 100 en Járkov y Odessa, por ejemplo, lo que representa veinte puntos porcentuales menos que en la elección presidencial previa de 2010. En el oeste de Ucrania y en Galitzia la participación fue alta, y el resultado de Poroshenko fue muy bueno. Pero en la mayor parte del país, incluso en Kiev, votaron menos personas que hace cuatro años.

Esto significa que Poroshenko no es el líder nacional unificador que mucha gente esperaba: esa era la idea que motivó la celebración de las elecciones lo más pronto posible, tener un presidente legítimo nuevo que pudiera estabilizar la situación. Poroshenko es el presidente para el oeste y el centro de Ucrania, pero mucho menos para el este y el sur. Incluso hay cierto escepticismo entre la gente que le votó. Un chiste que comenzó a correr el mismo día de las elecciones fue que los ucranianos son el único pueblo del mundo que elige un presidente con mayoría absoluta un día y se une a la oposición contra el mismo al día siguiente. También existe un cierto sentimiento en contra de la oligarquía: han comenzado a circular imágenes en los medios sociales que funden la cara de Yanukóvich con la de Poroshenko, como indicando que hemos cambiado un oligarca caradura por otro; ¿es esta la victoria del Maidán después de todo?

Participación en la elección presidencial de Ucrania, mayo de 2014 (%).



Los candidatos presidenciales de Svoboda y Sector de Derechas obtuvieron unos resultados bajísimos, de alrededor del 1 por 100 cada uno, mientras que otro candidato de la extrema derecha, Oleh Lyashko, quedó tercero con el 8 por 100. ¿Cómo explica estos pobres resultados y cuál es su significado?

No se pueden extrapolar los resultados de una elección presidencial a los niveles de apoyo a los partidos, especialmente cuando tantas personas votaron a Poroshenko para que las elecciones se resolvieran en la primera vuelta. Tyahnybok puede haber obtenido el 1 por 100, pero el apoyo a Svoboda en las encuestas ha seguido subiendo: tenían el 5 por 100 en marzo y el 7 por 100 en mayo. Es verdad que Lyashko se llevó parte del electorado de Tyahnybok y Yarosh; pero no está tan claro que todo el apoyo de Lyashko represente un voto de extrema derecha, aunque estuviera colaborando con neonazis indudables de la Asamblea Social-Nacional que tienen una ideología racista y hablan sobre la jerarquía de las razas y cosas así. Por lo tanto, sería equivocado afirmar en base a los resultados presidenciales que la extrema derecha ucraniana no es importante.

¿Con qué claridad apoya la gente a la extrema derecha en Ucrania? En el Reino Unido, por ejemplo, los votantes de extrema derecha suelen hacerlo sin admitirlo en público, mientras que en Francia la base social del Frente Nacional es mucho más fácilmente identificable.

Creo que en Ucrania el conjunto de la ideología política dominante está muy a la derecha de Francia o Gran Bretaña y algunas cuestiones que allí son problemáticas para los centristas liberales o incluso para los conservadores moderados (el nacionalismo, la raza, la inmigración) no son tan controvertidas aquí. El hecho de que algunos países europeos hayan tenido partidos de extrema derecha en el gobierno se ve aquí como una legitimación de la misma, aunque ello tuviera, por supuesto, consecuencias para los propios ucranianos que han sufrido las restricciones a la inmigración a la UE entre otras políticas. De hecho, mi teoría sería que la deriva derechista de la ideología política dominante en Ucrania es en realidad mucho más peligrosa que la gente que apoya a los partidos de extrema derecha, cualquiera que sea su número exacto. Una novedad muy preocupante ha sido la expansión de la retórica deshumanizante contra el movimiento del este de Ucrania. Allí la gente adoptó como símbolo el lazo negro y naranja de san Jorge, que conmemora la victoria sobre los nazis en lo que los soviéticos llamaron la Gran Guerra Patria. Entonces, la extrema derecha comenzó a llamar a los ucranianos del

este «escarabajos colorados», por las franjas negras y naranja, y ahora la metáfora se ha convertido en algo común y generalizado. Después de la masacre de Odessa del 2 de mayo, en la que treinta personas murieron quemadas en el edificio de los Sindicatos, algunos nacionalistas ucranianos estaban exultantes. Este tipo de discurso político del odio es extremadamente peligroso y es lo primero contra lo que hay que luchar.

¿Qué cree que hará Poroshenko con su mandato?

Puede convocar elecciones anticipadas para conseguir una base parlamentaria sólida. Las encuestas señalan actualmente que su Partido de la Solidaridad obtendría aproximadamente el 20 por 100 del voto, que lo convertiría en una de las facciones mayores. Así, sin necesidad de cambiar la Constitución, podría acumular más poder del que tiene ahora. En términos de política exterior se dice que seguirá una línea proeuropea, aunque, por supuesto, las posibilidades de una entrada de hecho en la UE sean muy bajas. Lo que vaya a hacer respecto a la entrada en la OTAN es una auténtica incógnita: incluso tras la intervención rusa, esta cuestión no tiene un apoyo mayoritario en Ucrania. Desde luego, ha aumentado, de quizá un 20 por 100 a un 40 por 100, pero la opinión popular no está a favor, incluso ante una clara amenaza exterior. Naturalmente, la elite es mucho más partidaria del ingreso.

¿Cuáles han sido los efectos de la «operación antiterrorista», tanto en la opinión pública interna como sobre el terreno en el este?

Por el momento, no me creo los reportajes ni en los medios ucranianos ni en los rusos: circulan tantos informes falsos y las descripciones de los acontecimientos están completamente polarizadas. Los funcionarios, portavoces militares y medios de comunicación ucranianos reducen las bajas en su propio campo y exageran las del campo contrario. Es una guerra informativa. En términos del propio combate, lo que sucede normalmente es que el ejército acude a defender el perímetro de una zona determinada, pero gran parte de la lucha la llevan a cabo unidades de operaciones especiales y batallones de voluntarios que dependen formalmente del Ministerio del Interior. Es significativo que no quieran enviar reclutas a las zonas de guerra: les preocupa que el ejército no vaya a luchar. Una de las brigadas de voluntarios es el batallón Dnipro de Kolomoyskyi, y otras son efectivamente ejércitos privados de los oligarcas. Está también el batallón Azov, que incluye a muchos combatientes

de extrema derecha: aparecieron fotos de ellos formados ante su bandera amarilla con el símbolo *wolfsangel*. Parece ser que hablan de ir a luchar al Frente Oriental, como hicieron los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. Es un auténtico regalo propagandístico para los rusos. Y solo ayudará a consolidar el apoyo a los separatistas de Donetsk.

Actualmente la «OAT» [operación antiterrorista] está estancada. El Gobierno de Kiev ha anunciado media docena de veces las últimas etapas de la operación, pero todavía sigue. No podrán conseguir una victoria militar sin infligir bajas graves a la población civil. Es una elección básica: o provocas un grave derramamiento de sangre, con millones de refugiados y muchas ciudades destruidas (y eso incluso si ningún otro bando, como Rusia o la OTAN, interviene) o negocias. Kiev dice que no negociará con terroristas, pero estos «terroristas» se están convirtiendo en algo parecido a las autoridades legítimas, en ausencia de cualquier otra fuerza representativa. Si quieres la paz, tienes que hablar con ellos. Una postura firme a favor de una solución negociada y contra esta guerra civil es la posición más racional y coherente actualmente.

16 de junio de 2014